



# Reflexiones sobre la equidad social

La convocatoria por parte de la presidenta Michelle Bachelet al Consejo Asesor "Hacia un Chile más justo" tuvo una acogida transversal y abrió perspectivas de consenso.

¿Qué explica ese amplio reconocimiento?  
¿Cuál es la urgencia que ese desafío debe tener en la agenda nacional? ¿Qué debemos buscar, concretamente, cuando aspiramos a mayores grados de justicia social?

En las siguientes páginas abordan esos temas el sociólogo Eugenio Tironi y el abogado Patricio Zapata.

# Una nueva etapa del capitalismo liberal chileno

Eugenio Tironi

Sociólogo

“Las pasiones que agitan más profundamente a los americanos son las pasiones comerciales y no las pasiones políticas; o, mejor aún, ellos transportan hacia la política los hábitos de los negocios”. Así describía Tocqueville las diferencias entre los norteamericanos y los europeos. Esto mismo permite representar de forma extraordinariamente adecuada el sentido del cambio que Chile ha experimentado en las últimas tres décadas.

Fue bajo Pinochet cuando el capitalismo chileno dio un vuelco radical desde el modelo europeo al estadounidense.

Se instauró un capitalismo fuertemente liberal, con un orden institucional orientado a proteger la propiedad privada y los derechos individuales antes que los bienes llamados *públicos*. Un sistema de protección social que se concentró en respaldar a los más pobres, dejando la movilidad social como materia privada, ligada al esfuerzo y mérito individual. Una cultura en que la libertad y el prestigio de los individuos se obtienen en el acceso a la propiedad y al consumo, con el consiguiente culto al enriquecimiento personal y al crecimiento económico, y una exigente ética de trabajo, con jornadas tan prolongadas que sitúan a Chile entre los países del mundo donde más horas se dedican a actividades laborales. Paralelamente, una cada vez más baja disposición de la población acomodada a distribuir los recursos en beneficio de los pobres vía carga tributaria. En fin, la persistencia de los altos niveles de fragmentación y desigualdad social que ha mostrado Chile a lo largo de su historia, con un sistema

**Si el Consejo de Equidad Social logra su cometido habrá confirmado que Chile está maduro para encarar las reformas que necesita: se ha abierto una nueva etapa histórica caracterizada por una nueva demanda por protección.**

**Factores históricos y sociológicos ayudan a explicar la irrupción del combate contra la desigualdad como una tarea nacional.**

educacional altamente segmentado, un mercado de trabajo que promueve escasamente la meritocracia, y sofisticados sistemas de segregación urbana.

Desde otra perspectiva, la democracia chilena se ha consolidado, pero con instituciones y prácticas que la alejan de la tradición pre-73, acercándola otra vez al modelo estadounidense: un sistema bipartidista, con dos bloques políticos que compiten fieramente pero que cooperan entre sí, pues ambos respetan las reglas democráticas y comparten la adhesión a los principios del sistema económico y social imperante. Quedan marginadas del escenario institucional las fuerzas políticas más críticas al sistema, que podrían galvanizar una oposición más frontal al mismo. En forma paralela, se refuerzan poderes independientes (como el Judicial, el Tribunal Constitucional y el Banco Central), que actúan como contrapeso de los ímpetus reformistas de eventuales mayorías políticas.

La Concertación representó el cambio y la reforma, mas no la ruptura con el capitalismo liberal de sello estadounidense.

Michelle Bachelet



Sebastián Piñera



Se constituyó en otra versión del mismo modelo, una más incluyente: si se prefiere, un poco más europea. Dicho de otro modo, si Pinochet trasladó a Chile desde París a Chicago, la Concertación lo desplazó desde Chicago a Boston. No es poca cosa: el resultado es un país muy diferente al Chile de la dictadura.

**En la última campaña presidencial (2005) ocurrió algo curioso: de la izquierda a la derecha, la promesa de una mayor protección social desalojó la oferta de crecimiento económico, que había marcado todas las contiendas electorales desde la inauguración de la democracia.**

sistema frente al cual se puede protestar, y ante el cual sólo se cuenta con la familia como red de protección.

La segunda ruptura fue la experimentada por Chile entre 1988 y 1990. La transición chilena, cuya principal figura

es su primer presidente, Patricio Aylwin, quien supo manejar notablemente bien las expectativas y tensiones de esa época, en especial las vinculadas a la violación de los derechos humanos bajo la dictadura militar. Al mismo tiempo, supo reformar el nuevo orden político, que ha revelado más solidez que la esperada. Este tiene como elemento central una estructura bipartidista facilitada por el sistema electoral binominal, pero cuya fuerza va más allá de un esquema jurídico-legal. Ambas coaliciones —la Alianza y la Concertación, en especial esta última— han creado en la población una identificación que supera la que generan los partidos que las constituyen. Esto ha estado acompañado de una cultura política más proclive al acuerdo entre los diferentes actores políticos que a la confrontación ideológica propia de los años 60, todo lo cual es muy diferente a los tres polos (derecha-centro-izquierda), altamente diferenciados social e ideológicamente, en torno a los cuales estuvo organizada la democracia chilena antes de 1973.

## DOS RUPTURAS MODERNIZADORAS

¿Cómo se produjo un cambio tan radical? Visto en perspectiva, Chile ha experimentado un proceso de modernización de corte liberal que se fue consolidando a través de tres rupturas, cada una de las cuales significó un nuevo impulso al cambio.

La primera ruptura, impuesta en la segunda mitad de los años 70 y que recién vino a madurar a mediados de los 80, fue el quiebre con el orden económico-social que tenía como centro al Estado y como vehículos de movilidad a los partidos políticos, los sindicatos y los gremios. El gran protagonista de esta ruptura fue Pinochet. Fue él quien introdujo un modelo económico basado en mercados libres, en la apertura comercial, en el rol subsidiario del Estado y en el papel central de la empresa privada incluso en campos que parecían prohibidos por su carácter estratégico, como la previsión, salud, educación, telecomunicaciones y energía, entre otros. El efecto sociológico de esta ruptura fue la consolidación paulatina de una sociedad donde el trabajo y la educación son visualizados como las únicas palancas del progreso personal. La construcción de la biografía e identidad de cada cual se autonomiza de la pertenencia a grupos o corporaciones. La energía individual se destina a defender los derechos e intereses propios antes que a promover causas o fines colectivos. Una sociedad, en fin, donde el fracaso es un problema de cada cual y no de un

## IRRUMPE LA DESIGUALDAD

El tercer impulso modernizador se produjo a partir del año 2000, con la elección de Ricardo Lagos, que significó el quiebre del orden oligárquico-conservador que permitía a las élites de todo tipo —políticas, económicas, espirituales— gozar de un alto grado de inmunidad ante el escrutinio público, mantener ciertos rasgos culturales ajenos a un orden moderno liberal, y convivir con una relativa indiferencia con el fenómeno de la desigualdad y la discriminación.

La emergencia de una sociedad más horizontal y transparente, dispuesta a sacar sus fantasmas de los armarios, a enjuiciar a sus grupos dirigentes sin la inhibición de las invocaciones morales, y a enfrentar conflictos sin el temor a la amenaza de un retorno autoritario, es el hilo que une muchos de los episodios que caracterizaron el gobierno de Lagos (2000–2006), que se coronó con la elección, por primera vez en la historia de Chile, de una mujer como Presidenta de la República.

En este contexto irrumpió en la arena pública el debate en torno a la desigualdad. En la última campaña presidencial (2005) ocurrió algo curioso: de la izquierda a la derecha, la promesa de una mayor protección social desalojó la oferta de crecimiento económico, que había marcado todas las contiendas electorales desde la reinauguración de la democracia. Hasta entonces las elites en el poder hablaban de pobreza, pero no de desigualdad. Esta última siempre fue considerada un fenómeno complejo frente al cual las políticas públicas sólo podían obtener resultados en el largo plazo, y ante el cual la ansiedad tenía el riesgo de provocar un descalabro en otras áreas, como la económica o la política.

Últimamente se ha producido un deslizamiento geológico de proporciones. Todos los actores sociales, políticos e intelectuales han hecho suya una bandera que parecía patrimonio de la centro-izquierda: la lucha contra la desigualdad. Esta se ha transformado en un mandamiento ético, no sólo en un imperativo político o ideológico. La mejor prueba de esto es que todo el país hoy discute acerca del “salario ético”, no a instancias de la CUT o de un parlamentario díscolo, sino de la Iglesia católica. Ello incluye a la derecha, que tirando al traste de los libros viejos los manuales de los *Chicago Boy's*, ya no invoca como antes la libertad económica y el crecimiento como el único camino hacia la equidad, y se ha sumado al coro de los que apelan al Estado, incluso como proveedor de un “ingreso ético”.

## LA EQUIDAD SE TOMÓ LA AGENDA PÚBLICA

La causa de la equidad se tomó la agenda pública. Está presente no solamente en los discursos de los políticos o en las conferencias de los expertos en *public policies*; se encarna también en la movilización de los actores sociales, que han venido determinando la pauta del gobierno y los legisladores. De pronto, observar lo que pasa en las calles se ha hecho mucho más importante que saber lo que se discute en La Moneda, el Congreso o Casa Piedra.

Partió con la de los estudiantes secundarios en el otoño de 2006, quienes cambiaron de un golpe el eje del debate en el campo de la educación: del acceso para todos se pasó a la educación de calidad para todos, garantizada por el Estado. La misma tendencia revela la movilización de los trabajadores contratistas el año 2007, que reclaman mejores salarios, mejores condiciones de trabajo y, sobre todo, más estabilidad laboral.

Definitivamente, las cosas han cambiando en el ámbito de la empresa.

Sus fuentes de tensión, que hasta ayer estaban al exterior de sus fronteras —en los consumidores, los ambientalistas o las comunidades—, se han trasladado a su propio seno, por efecto de trabajadores que se organizan para optimizar su capacidad de negociación en un escenario de mayor prosperidad y bajo desempleo. Tres pilares del orden económico-laboral imperante desde los 80, como la subcontratación, el contrato a plazo fijo y la negociación por empresa, están bajo fuego graneado y muchas veces sobrepasados. Como señalara *The Economist*, “el proceso de libertad política ha generado más impaciencia para compartir los frutos del crecimiento” y “con el desempleo cayendo fuertemente, las demandas por aumentos de salarios no deben sorprender”.

En este contexto, la Presidenta creó un Consejo Asesor para canalizar esta inquietud y convenir propuestas sobre instituciones laborales, mercado de trabajo y políticas pro-equidad. Éste recibió el respaldo de todos los sectores políticos y concitó la participación de un amplio espectro de actores sociales, académicos y líderes religiosos. Su constitución ha abierto un inédito horizonte de entendimiento, lo que ha coincidido con un apaciguamiento de las movilizaciones sociales. Este Consejo está laborando silenciosamente, escuchando el testimonio y las propuestas de sindicatos, gremios, fundaciones y centros de estudio orientadas a la lucha contra la pobreza y la exclusión, lo que ha permitido romper con los estereotipos y renovar la visión sobre muchos de estos temas. En paralelo, está informándose de los planes en curso y realizando estudios específicos sobre áreas donde hay mucha ideología pero poca evidencia empírica. Su meta es concordar un paquete de propuestas para marzo del año próximo, y todo indica que va bien encaminado. Si logra su cometido habrá confirmado que Chile está maduro para encarar las reformas que necesita —incluso sobre los temas más polémicos y escabrosos— mediante el diálogo y no a través del conflicto o del dictado tecnocrático.

## ¿UNA CUARTA RUPTURA?

Chile ha avanzado a saltos en su carrera por alcanzar un capitalismo y una democracia de corte liberal.

Ahora bien: ¿era esta la tierra prometida?; ¿queremos hacia adelante más de lo mismo, o algo diferente?; en el afán por avanzar más rápido, ¿quiere ser todavía más flexible, incluso al costo de incrementar el sentimiento de inseguridad de las personas?; ¿quiere Chile seguir el curso de aquellos países industrializados en que la prosperidad entró en conflicto con sus índices de felicidad, o prefiere intentar un camino diferente que

Últimamente se ha producido un deslizamiento geológico de proporciones pues todos han hecho suya una bandera que parecía patrimonio de la centro-izquierda: la lucha contra la desigualdad. Esta se ha transformado en un mandamiento ético.

